

Ovación, oreja y... la mano de una mujer

(CUENTO)

POR DANHUR

El Marquesito, como le llamaban sus amigos, era un aristócrata que por su simpatía y llano trato y por su solera de aficionado entendido en asuntos taurinos, gozaba de amplia popularidad y afecto entre sus innúmeras amistades, que lo eran de todas las clases sociales. Por ello, lo mismo hacía tertulia en el Gran Casino que se le veía tomando unas cañas departiendo con los humildes en cualquiera de los cafés o colmados de las típicas calles de la saltarina ciudad del Betis.

Su fortuna fué de alguna importancia, y aun le quedara suficiente para vivir con cierta holgura si sus gastos los atemperase a la realidad de sus ya muy mermadas rentas. Las cargas familiares no eran excesivas: solo tenía una hija—una gentil criatura, tan lozana como guapa, de encantadora sencillez—, y su mujer, la *marquesona*, de orgullosa estampa, que conservaba fresca su innegable belleza. Pero el Marquesito cuidaba más de cultivar sus heterogéneas amistades que de atender su hacienda con la rígida administración que reclamaban sus gastos, por lo que, en ocasiones, pasaba por graves apuros económicos; resueltos, hasta entonces, sabe Dios a cambio de qué onerosos dispendios.

En uno de estos momentos debía hallarse el Marquesito cuando lo encontramos departiendo con aire confidencial, allá en el fondo de la sala del café, con Arjona, su ídolo de ayer y su íntimo de hoy. Porque habrán de saber ustedes que Arjona, retirado ya de los ruedos, fué en su época el torero más completo y de mayor popularidad.

—Ya lo oyes: estoy en un compromiso grave. He apostado dos mil duros a que soy capaz de matar en nuestra plaza un novillo, un utrero de cuatro hierbas. Y la apuesta me ha sido aceptada por la Peña del Casino. Acudo a ti para que me ayudes a salir airoso de este trance.

—¡Pero, hombre! ¿Cómo ha jecho usted eso?

—Las circunstancias: «he ahí el detalle».

—Ea, pues a toreá s'hadicho. Esta misma tarde empezamos: a las cuatro le espero en mi cortijo.

—Allí estaré a las tres y cincuenta y cinco.

—No orvide usted que pa ser torero se necesita valor.

—Lo tengo, no lo dudes.

—Y mucha vista; y quietud en los pinreles.

—Ya veremos, porque los pies los tengo para correr.

—¡Si el toreá es muy sencillito! Se pone uno delante del toro, abre el capote, se le cita con alegría y cuando el bicho se arranque...

—...cuando el bicho se arranque, si no me quito yo me quita él. ¿no es eso?

—Justamente, pero no echando a correr que es feísimo, sino clavando los pies y jugando los brazos.

—Preveo, por este anticipo de lección, que no voy a salir muy limpio de la suerte.

—Lo más peligroso es la muleta, y por eso vamos esta tarde al Cortijo, a jartarnos de atoreá. Cuando ya esté mareao er bicho y en suerte pa entrar a matar, se fija usted en las orejas, que es lo que hacía Rafaé, y si vé que abanica con la izquierda es que vá a tirar la corná por el lao derecho; y al contrario, si la que mueve es la derecha...

—Ya entiendo: entonces la convidá me la endiña por la zurda. ¿Pues me arregla el muy ladrón si mueve las dos a la vez!

—Entonces está justificá la espantá, y a tomar el burlaero como sea.

* * *

Arjona fué un torero famoso y se retiró con unos milloneros, que disfrutaba en tranquila y cómoda vida. Era dueño de un gran cortijo, mucho ganado y una importante labor, amén de otros negocios de carácter privado, de todo lo cual obtenía pingües ingresos. Viudo, con un solo hijo, no muy encariñado por cierto con el trabajo; valido, sin duda, de su gran posición económica. Fué educado con vanidoso relumbrón, adquiriendo cierta cultura avalorada con amplio trato social, muy bien asimilado a su innato desparpajo.

Jose María—este es su nombre—, gustaba de acompañar, en cuantas oportunidades se le presentaban, a la hija del marquesito. La amistad de éste con su padre le había concedido también esta licencia. No es que le gustase solamente dialogar con la aristocrática y encantadora Esperansita, que ya era bastante, aspiraba a conseguir su simpatía: más aún, pretendía su cariño. Y se atrevió—¡el muy osado!—a declarararle su amor. La inocente niña no supo, por lo inesperado, qué contestarle. Por una parte no le desagradaba su varonil figura, y hasta le satisfacía su *pajolera* gracia, y, por reflejo de la amistad que desde siempre unía a sus padres, también ella mostraba cierta complacencia en su compañía. Pero la diferencia de clase, los títulos de sus antepasados, frenaban los impulsos de su joven corazón. Y, sobre todo, su mamá: ¿cómo reaccionaría el orgulloso carácter de la Señora que no ocultaba su linajada descendencia por el motivo más trivial?

El genio alegre y dicharachero de Esperansita y su hábil intuición, desviaron a terreno menos comprometido la respuesta que con verdadero y encendido fervor se le pedía. Pero, «tanto va el cántaro a la fuente» que, un buen día, no halló forma correcta de evadir contestación y hubo de manifestarse con cierta ambigüedad, ambigüedad que el avisado mozo interpretó como una esperanza de posible realización.

La mamá de Esperansita tuvo sospechas del asedio que sufría su

hija y, más cauta, pensando, sin duda, en lo que iba declinando su fortuna, en contraste con el opulento porvenir del hijo del ex toreiro, aprovechó una de las visitas que con tanta frecuencia les hacía y, en un aparte, interrogó a José María con exquisita diplomacia:

—¿Es cierto, Joselillo, que vas a Bélgica para estudiar la carrera de ingeniero?

—¿Y quién le ha contao a usted esa patraña, señora?

—Hijo, yo no lo creía tan descabellado, porque tú tienes talento natural para intentarlo todo, y tu padre millones para gastarlos en ti.

Todo eso podría ser verdad; pero dígame: ¿qué falta me hace a mí ser ingeniero, ni mecánico, si tengo todo lo que necesito para vivir y para trabajar en los negocios propios? ¿No es bastante todo ello y mi deseo de atenderlos, y cuidarlos, y hacerlos más prósperos si cabe?

—Efectivamente, no puede negarse tu acierto. Ya sabes que en esta casa se os recibe con la cordialidad que se les dispensa a nuestros mejores amigos y, por consiguiente, lo mucho que nos alegraría que se confirmasen tus magníficos proyectos.

—No lo dude usted, señora: para diversiones ya ha sido bastante. Ahora toca ser formal; y a cuidar y a mejorar en lo posible lo que con tanto riesgo de su vida ha ganado mi padre.

—Pues, te felicito sinceramente. De verdad que me alegra oírte expresar en tales términos.

—Señora, yo...; si usted me lo permite, me atrevería, en vista del aprecio que nos guarda, a hablarle de...; pero si a usted le parece que ahora no es ocasión, pues..., yo..., mi padre..., lo podemos dejar para luego. Sí, porque no sé si usted sabrá que su esposo irá esta tarde a nuestro Cortijo, para entrenarse toreando...

—...¿para entrenarse has dicho?

—Creo que tiene que matar un novillo y si no lo hace pierde los dos mil duros que ha apostado.

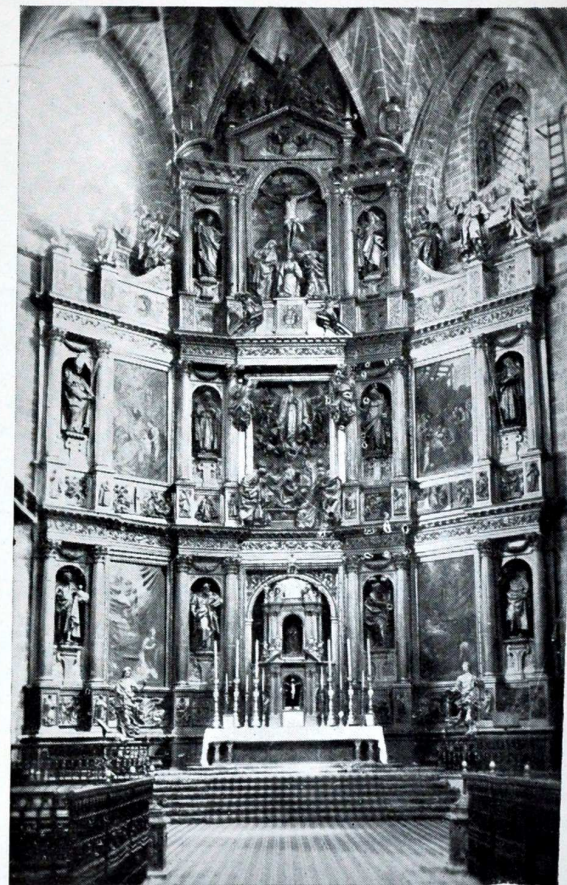
—¡María Santísima! ¿Dos mil duros, o la vida, va a perder? Eso es una enormidad que no he de consentir.

—Reflexione usted, que lo hecho ya no tiene vuelta. Entre personas de su clase una apuesta debe mantenerse en pie, cueste lo que cueste.

—Tienes razón: no hay nada que hacer. Es decir, sí que lo hay: recomendarlo con todo fervor a su Ángel de la Guarda para que lo saque con bien. Adiós, Joselillo; hasta luego.

Y, tendiendo la mano, cuyos dedos estrechó cohibido el mozo, entró la dama en su oratorio particular.

Al cruzar el patio, ese patio espléndido y salpicado de macetas en las que florece la gama de todo el colorido y de toda la gracia del incomparable parque de María Luisa (¡descubrirse, que hemos nombrado el más bonito y alegre del mundo!), Joselillo observó, desdibujada en discreta penumbra de palmeras y cortinas, la figura esbelta de la mujer de sus ensueños, a la cascabelera Esperansita, envuelta en sencilla bata de clara y fina tela, balanceando su cimbreante cuerpecito en la clásica mecedora de rejilla. Se aproximó



ALBUM EXTREMEÑO: Retablo de la Catedral de Plasencia

lentamente, muy lentamente—¡y élla sin enterarse, que tonta!—; se quitó el sombrero y, con salerosa desenvoltura, le susurró al oído:

—Me permite la revoltosilla de la casa que la pida un consejo?

—¡Jesús, hijo, y qué susto me he llevado! Y usted no sabe que las reglas de una buena educación prohíben a un caballero acercarse a una dama sin antes haber solicitado su venia?

—No, si yo es que me marchaba, ¿sabe usted?; lo que pasa es que me tropecé con usted al salir, y..., al verla así tan..., vamos, tan ajena a todo, me dije: «estará durmiendo..., pues voy a ver como sueñan los ángeles en el cielo».

—(No le falta ingenio para salir airoso de su atrevimiento. Y el caso es que no le puedo desmentir en lo de que no entraba, sino que salía). Y deseaba saber...

—...lo que se le puede exigir a un hombre que está de remate por una mujé...

—...sencilísimo: que vea a un especialista y después que le presente el certificado.

—¿Y si ese certificado dijese que no estaba loco, loco de verdad, pero que sí lo estaba por usted?

¡ Ay, hijo! Yo que sé lo que pensaría.

—Pues debe saberlo. Me lo están diciendo esos brincos de sus labios, y ese alucinante brillo de sus ojos. Sí, la quiero tanto, tantísimo, que para no desmentir la pureza de mi ilusión me separo de usted en un supremo esfuerzo, antes que su cegadora mirada pudiera trastornar en inconsciente todo mi ser.

—¡Ja, ja, ja! Y qué romántico está hoy mi niño.

—¡Osú! ¡Me ha llamado su niño! Déjame que escuche otra vez esas palabras; repítela y después échame si es tu deseo.

—No sea loco, Joselillo, no seas loco y..., hasta mañana por la tarde.

Se juntaron sus manos en un expresivo silencio, y sus ojos habladores, y sus labios colorados como cerezas, musitaron una despedida llena de promesas.

* * *

Y llegó la tarde. La plaza de toros estaba repleta de público deseoso de presenciar las *faenazas* que, sin duda, habían de desarrollarse en la caldeada arena.

Las discusiones en los tendidos sobre las *posibilidades* del Marquesito en el arte de Cúchares, eran dispares, y la masa de aficionados rebullía de impaciencia, pues la hora fijada para la prueba había sonado, y ya se sabe la rígida puntualidad que se observa en esta fiesta.

Constituído el jurado, se dá la señal de abrir el portón; y sale, cual exhalación, un negro y corniveleto novillo que, inmediatamente, se hizo dueño en pleno dominio del desierto redondel. Y emplazado, y desafiador, permaneció—una eternidad para los espectadores y un soplo para los valerosos toreros—, hasta que, flameando el capote desde un burladero, se *decidió* a retarle el peón de con-

fianza. Pero hubo de arrepentirse en el acto y esconder precipitado cabeza y brazo—únicas partes del cuerpo que asomaron al exterior—para que la huracanada embestida del bicho no las convirtiese en laminada chatarra al rematar, como lo hizo, en las mismas tablas.

—¡Bravo y valiente novillo!

—¿Qué va a pasar aquí...?

—Que salga el mataor, que ya está el toro corrió y en suerte.

—¡A ver! Ese banderillero, ese torerazo de oropel que hace subir las patatas, ¿dónde s'ha metido que no está en su sitio?

—¡Señores, un poco de calma! No olviden ustedes que el banderillero terció imprudente en la apuesta asegurando que él «se atrevía a banderillar lo que el Marquesito matase». Y todavía no ha llegado ese momento; y las cosas en su punto, ¡caramba!

El codicioso novillo, un utrero adelantado de edad y de pitones, acudía con la velocidad del rayo a cualquier bulto que asomaba entre barreras. La cosa se iba poniendo algo fea. Y el publiquito exigente; como si hubiera pasado por la taquilla. ¡Los hay cenizos!

—¿Dónde están esos varilargüeros que no acaban de salir?

—¡Oye! Tú, el del botijo! ¡Déjale ya un culito al mataor pa que puea mojá la espá y tragá la saliva que se l'ha quedao congelá en el gånote!

—¡Ahora vais ustedes a ver solera pura! ¡Quitarse tó er mundo; no estorbar; dejarlo sólo, que se vá a lía a la cintura er bicho!

Era el momento en que el Marquesito, en un instante de irreflexivo amor propio, había salido del burladero y, con paso corto y cauteloso, se distanciaba una o dos cuartas de la valla. El novillo, desde el centro del anillo, le observaba erguida la hermosa cabeza, que movía y bajaba como diciendo: «un poquito más, guapo, y en seguida voy por ti». ¡Qué *malage* tenía el animalito aquél! El matador ya cumplía enseñándole la percalina. ¿Pues qué; iba a separarse tanto de la barrera para llegado el momento de tenerla que saltar no hallarla a mano? Entonces: ¿qué objeto tenía?: ¿era para burlar al toro o para que el toro se burlase de él? La razón no tiene más que un camino, y éste el más corto. Considerando esta hipótesis se hallaba nuestro héroe, sin perder de vista al morlaco, cuando una fuerte arrancada del animal le hizo abandonar sus reflexiones y buscar precipitadamente el refugio. Saltó, y el maldito novillo lo hizo detrás de él, encontrándose los dos entre barreras. El escándalo fué mayúsculo, y el intrépido aristócrata, bien pisoteado y zaran-deado, pudo escurrirse por el hueco del burladero y salir a la plaza, de donde, maltrecho, lo sacaron, *aprovechando* para salir en su compañía, algunos de sus subalternos: mientras el toro, codicioso, permanecía entre barreras buscando afanoso la presa que se le escapaba.

Con el espanto reflejado en sus desorbitados ojos, fué llevado precipitadamente a su casa. La escena de terror que produjo su entrada no es para descrita. Su esposa y su hija, al verle lleno de sangre y polvo, sufrieron sendos síncope. Lavado y vendado, y ya más

tranquilos los ánimos, le prodigaron ambas mujeres sus deliciosos cuidados, a la vez que se dolían de la atrevida apuesta, haciéndole ver el desairoso lance a que había dado ocasión.

Poco después, precedido de voces, vivas y aplausos, irrumpe en el patio de la casa del Marquesito un grupo llevando a hombros a Joselillo, el hijo del que fué famoso torero, que depositaron, con cariñoso cuidado, en una dormilona butaca.

—¡Vivan los fenómenos!

—¡Así se matan los toros!

—¡Olé por los torerazos, que van a cortar más coletas que un esquilaó en Marzo!

—¡Dejá ar niño, permasos, y traé ya mismo un vaso e limoná! ¿No estáis ustedes viendo que pide argo?

Lo que pedía era que le dejasen libre. Quería reunirse cuanto antes con el Marquesito, y sobre todo, quería ver y hablar a Esperansita que estaría—¡pobresita mía!—, asustadita por el percance de su padre.

—Pero: ¿qué ha sucedido para que vengan ustedes en procesión?—, preguntó, desde arriba, la hija del Marquesito.

—Casi ná ¡Er *Cí Campeador* que le traemos aquí!

—¡Joselillo! ¿También a ti te ha cogido el toro?

—¡Niña! No diga usted herejías. A este, ni er Miura más avisao de tó los miuras que pasten en los planetas der universo que hay en er mundo!

Cuéntame: ¿qué le ha sucedido a mi padre?; ¿por qué te traen a ti de esa manera? Pronto, contesta pronto, que no puedo con esta angustia.

—Ná, Esperansita. Gracias a Dios ni a tu padre le ha ocurrido cosa grave ni a mí tanpoco. Voy a decirlo en cuanto estos pelmasos me dejen en libertad. ¿Queréis soltarme ya de una vez? Pues que el señor Marqué, con ese amor propio que tienen todos los hombres que son hombres, desafió ar boyante novillo, un bravo animal, de alta cabeza y con buenas defensas—¡osú y que dos velas le empalmaron!—, que ná más vé a tu padre separarse de la barrera se fué a él como sentella y le ayudó a saltar la valla; y detrás, pa no perder la presa—¡instintos malos que tenía er condenao!—saltó también er bicho. Pero no pasó del susto, y del coscorrón que el mataor se propinó al caer como pudo, pues en seguida logró burlar al toro escurriéndose, con serenidad y salero, por la abertura del burlaero. Y, ya no pasó más: ahí lo tienes salvo aunque no sano del tó.

—Bien, Joselillo; todo eso muy bien explicado. Pero después, ¿qué ocurrió después para justificar que estos amigos te traigan con tal algazara? ¿Es que también tú has toreado?

—Pero como los propios ángeles, señita Esperansa—contestó el «Rubiete», el banderillero de confianza que fué de Arjona—. Y le ví a decir más: que ha matao a ese carabao como lo podía hacer er Chiclanero, que malos mengues me cojan si no estaba viendo la faena dende allí arriba, entre los girones de una nubecilla que éstos decían que nos iba a mojá, y yo bien sé que aquellas chispitas que nos

cayeron eran lágrimas escapá de sus ojos por la emoción de lo que está viendo jacer a éste con aquer pregonao.

Entretanto, el Marquesito, ya repuesto del percance; su esposa y Arjona que se hallaban en las habitaciones del principal, acudieron a reunirse en el patio con el grupo de admiradores de José María. Y éste, con la modestia natural en los héroes, rehusó referir la hazaña.

—Yo he hecho lo que me impulsó a hacer el corazón: recoger la apuesta que quedaba pendiente por una esaborisión del arrastrao animalito. Fué aceptada por el Jurado; maté el novillo; se saldó el compromiso, y... eso es todo. Usted, señor Marqués, es el que tiene que disponer del importe...

—...eso nunca. Si la apuesta fué recogida por ti con la aprobación de la parte interesada, tú, y solo tú, eres el legítimo ganador. Otra cosa sería, además de incorrecto, depresivo para mí.

—¡Señor Marqués, que yo no he querido molestarle!

—Ni yo lo dígo para ofenderte. Te conozco perfectamente y sé hasta donde llega tu hombría. Y para agradecer y estimar lo que por mí acabas de hacer, ahí va un abrazo. Y lo que yo pueda hacer para corresponder a tan valeroso gesto, lo haré con la misma buena voluntad que a ti te impulsó a defender mi decoro.

Estas palabras arrebolaron el encantador rostro de Esperansita, que había escuchado a su padre con trémolos de emoción, y de dulce congoja a la vez por la caballerosa defensa que el valiente mocito acababa de realizar. ¡Y élla no se creía ajena a tal hazaña! ¡Naturalmente que acertaba! Y Joselillo, sin calibrar el alcance de las palabras del padre de Esperansita! ¡Ah; si él sospechara del sincero afecto con que las pronunció, habríase transfigurado! Apunto estuvo de repetir sus disculpas; pero la intensidad de luz que recibiera de unos ojos, grandes como arcos voltaicos, que le asaetaban, paralizó todo su ser y, alucinado, quedó en estado de admirativa contemplación una eternidad; hasta que los entusiastas amigos se despidieron.

El Marquesito, su esposa y Arjona, se reintegraron a las habitaciones del piso alto. Esperansita y José María quedaron rezagados en el patio. —¡Por casualidad, señor; porque estaba de suceder! Esperansita se dejó caer en una silla, mirando, ruburosa, al gladiador que, de pié, con el semblante risueño, en estético desorden su negra cabellera, recogía y guardaba, con avariciosa prisa, los rayitos de vida que, filtrándose por la tupida red de sus hermosas pestañas, despedían aquellos ojazos de moruno sombreado. Y así permanecieron unos instantes, hablando sus almas, tratando de aclarar las reacciones más recónditas del ser íntimo.

—Nada: eso no ha sido gran cosa, afortunadamente—dijo el médico de la casa, a tiempo de despedirse, después de un escrupuloso reconocimiento al magullado cuerpo del maestro.

Y, en un aparte, expresó a la Marquesa el verdadero milagro de

que el asta no le hubiera decapitado, ya que había podido apreciar en el cuello la siniestra huella de un terrible hachazo.

El efecto de esta dolorosa confidencia predispuso el ánimo de la dama para abordar, decidida, el vidrioso tema de los amores de su hija. Y como sus pensamientos los convertía en resoluciones firmes, corrió al lado de su esposo y le hizo partícipe de su proyecto. Luego, dirigiéndose a Arjona, que continuaba acompañándoles, le dijo:

—Usted ha sido tan discreto que nunca, por un exceso de delicadeza que valoramos en cuanto significa, nunca, repito, nos habló de la alarmante simpatía que todos observamos existe entre mi Esperansita y José María.

—¡Señora...!

—Permítame que continúe: Esa delicadeza enaltece a usted y reafirma nuestro afecto, reduce las distancias.

—Y puesto que el secreto ha dejado de serlo,—intervino el Marqués—, cómo no avisar a los chicos y celebrarlo ahora mismo?

Y, pulsando la perilla del timbre, requirió los servicios de la doncella.

—Diga a la señorita que la esperamos, y que haga el favor de subir también el señorito José María

La doncella bajó las escaleras de dos en dos. Su fino olfato le hacía presentir una feliz noticia para su amita buena, el encanto de la casa, a la que guardaba un cariño verdadero. ¡Señor, si la había visto nacer, como el que dice! ¡Y era tan buena, tan alegre y bonita; tenía unos sentimientos tan exquisitos que merecía la gloria! Y él, un hombre cabal donde los hubiera; que la adoraba hasta el delirio. ¡Si lo sabría ella, que era guardadora de pueriles confidencias!

—Esperansita! ¡Señita Esperansa! Su papá que subáis ustedes dos en seguida!

—¿Qué sucede? ¿Se ha puesto enfermo mi papaíto?

—No se asuste, que nada malo ocurre: al contrario, creo que será motivo de alegría para todos.

—¿Alegría dices? Cuéntame lo que sepas, pero ahora mismo; ¡no te quedes así, con esos ojos escarrapatados!

—No; si yo es que me lo figuro. Pero, en realidad, nada sé; una cosa del corazón...

—¡Ay, virgensita mía! ¡Salva a mi padresito de mi alma del colapso y yo te prometo...!

—¡Esperansita; Esperansita! No se ponga usted así, que yo lo que iba a decir, que no me dejó terminar, es que me dá a mí el corazón, el mío, que vais ustedes a recibir una buena noticia.

Pero ni Esperansita, ni Joselillo, oyeron esta aclaración. Ambos subieron las amplias escaleras a saltos y penetraron en tromba en el gabinete. Repuesta la niña de su falsa alarma al ver el semblante risueño de sus padres, dejó escapar un hondo suspiro de satisfacción y se echó en sus brazos, inquiriendo, zalamera, el motivo de lo que ella había traducido como angustiosa llamada.

—Hija mía—habló su padre—; nosotros vivimos pendientes de tu

felicidad, bien lo sabes. Tu madre y yó, sin proponérselo, hemos descubierto al pícaro *salteador* que nos quiere arrebatarse el mejor tesoro que tenemos en el mundo...

—Papaíto, yo te explicaré...

—No es preciso. Si de veras le quieres y él corresponde en justa y sincera medida, por nuestra parte no hallaréis inconveniente.

—Ahora me toca hablar a mí—interrumpió Arjona, levantándose presto de su butaca—: «Señora Marquesa; señor Marqués: aquí les presento a ustedes a mi *únicogenito* heredero; el pobresito está, por lo que se vé, *entregao* a la voluntad de su hija. Pues bien: por ello tengo el honor de pedirles a ustedes, para él, la mano de Esperansita.



Abril, 1950.

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestre de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía* (Poemas), por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.
- 7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo, y
- 8.—*Tres escritores extremeños* (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio), por Francisco Elías de Tejada.

PAGINA POETICA

ROMANCE DE BADAJOZ

Una noche de San Juan

A la memoria del ilustre D. José López Prudencio, taumaturgo, vivificador de horas pretéritas y gloriosas del Badajoz de los siglos XV y XVI.

I

Galán, muy galán y claro
te corteja el Guadiana,
doncel moderno y antiguo,
que viste jubón de plata...
En su gorro juglaresco
arden penachos de grana
teñidos de luz de ocasos,
que el violeta de su capa
hace místico y guerrero,
guardián de tu trono y casa,
al río siempre enamorado
de tus peregrinas galas...

Badajoz, tu fiel cortejo
lleva un azul laud de aguas,
como una verde caricia
colgado sobre la espalda,
y, al son de la grave endecha,
del madrigal que te canta
tan constante y tan rendido,
que centurias no le cansan
va ofreciéndote canciones,
rosas, luces y esmeraldas
para rendir tu belleza,
no por noble, arisca y brava...
El río siempre en la noche
perenne la Aurora aguarda
por ver si rinde tu cielo,
con su ansiosa serenata...

Su espejo siempre encendido
con azogue de oro y brasas,

te muestra en rendición muda,
como a pálida sultana...
Para que al ocaso leve,
del día en la luminaria,
o en la noche azul y densa,
que la Luna baña en nácar,
donde los luceros blancos,
sus diamantes desparraman,
para ofrecer una túnica
a tus piedras tan doradas,
pulidas, limpias, morenas
en su desnudez tan casta...
Rutilante manto gélido
de emperatriz legendaria,
que prisionera está, y triste,
de su cadena en la magia...

II

El Castillo con sus torres
encerrado en la muralla,
que ciñen laureles rosa,
cipreses y pasionarias,
por sus altos ventanales,
que rasgan de las estancias
las temerosas penumbras
donde cobran los fantasmas,
más que quimérica vida,
de noche en las horas altas
va adquiriendo hábito humano,
y como una viva estampa
todo el pasado revive,
en gloriosa llamarada...